William James

Investigación psíquica



Colección de heterohistorias

James escribió este ensayo que tituló *What psychical research has accomplished* y publicó en la recopilación *The will to believe*, Longmans, Green & Co., en 1897, a partir de varios proyectos que combinó: el primero era un artículo que pensó en publicar en *Scribner's Magazine* aunque al final no se editó; el segundo era ese mismo artículo revisado, que esta vez sí publicó en *Forum* en julio de 1892; y el tercero su discurso como presidente ante la Sociedad para la investigación psíquica publicado en *Science* y en *Proceedings of the Society for Psychical Research* en junio de 1896.

La imagen de la portada corresponde a una fotografía titulada *Amonestación*, tomada por Edvard Munch en 1907 y que muestra a Rosa Meissner posando desnuda para él en una habitación del hotel Rhône siendo amonestada por un fantasma.

c/ Cruz de la Magdalena, 8 - 23004 Jaén
Telfs. 606 30 67 06 / 696 84 53 58

Fotocomposición: ediciones del lunar

Imprime: Gráficas La Paz de Torredonjimeno S. L.
Tf. 953 57 10 87
www.graficaslapaz.com

D. L.: J - 180 - 2005
I. S. B. N.: 84 - 95331 - 28 - 4

www.dellunar.com

William James y la investigación psíquica

El 17 de enero de 1901 fallecía en Roma Frederic W. H. Myers (1843-1901), conocido investigador psíquico y amigo de William James (1842-1910). Uno de los médicos que le atendieron, el Dr. Axel Munthe, relata en su autobiografía que ambos habían hecho el pacto de que el primero en abandonar este mundo enviaría un mensaje al otro. James estaba tan abatido que se quedó frente a la puerta de la habitación del hotel donde su amigo exhalaba el último suspiro, con el cuaderno y la pluma prestos para recibir el mensaje. Al salir de la habitación, Munthe le encontró en la butaca cubriéndose la cara con las manos y el cuaderno abierto sobre sus rodillas. La página estaba en blanco.

Unos meses después, el 3 de marzo, en una carta al psicólogo inglés James Sully (1842-1923), James escribía que «el problema de lo subliminal, tal y como lo propone Myers, promete ser uno de los *grandes* problemas de la psicología, posiblemente el más grande». Aunque las tesis espiritistas de la comunicación con los muertos le parecían especulativas porque no estaban lo suficientemente demostradas, el problema de la mente subconsciente –o subliminal, como la llamaba Myers–, nos ponía frente a uno de los aspectos más intrigantes de la naturaleza humana.



Retrato de William James como estudiante de arte en Newport, c. 1861

En particular, había dos cosas que explican el interés de James por la investigación psíquica: su conexión con los estratos emocionales más profundos de la naturaleza humana, visibles en los trances espiritistas, y sus vinculaciones con la religión. Para una persona que había recibido de su padre una educación muy religiosa, la investigación psíquica no sólo le brindaba la oportunidad de explorar el mundo de los sentimientos más remotos, sino que además le ofrecía la posibilidad de obtener pruebas científicas para una nueva religión popular que iba a substituir a las confesiones religiosas establecidas.

La primera vocación de James fue la pintura. En septiembre de 1860 ingresó en el estudio del pintor William Norris Hunt con la intención de aprender ese noble arte, pero a los 6 meses lo abandonó por razones que no están del todo claras. No sabemos si fueron las presiones de su padre o la constatación de que carecía de aptitudes para la pintura, pero el caso es que el curso siguiente se matriculó en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Harvard. Al parecer, el joven James no veía ninguna incompatibilidad entre la visión personal del artista y la visión objetiva del científico. Sin embargo, el determinismo de la ciencia era difícil de conciliar con la libertad humana, y esta dificultad agudizó la profunda crisis personal que le produjo la renuncia a su personalidad artística. James sufrió muchas depresiones, acompañadas de insomnio y pérdida del sentido de la vida.

Ante la imposibilidad de trabajar en el laboratorio debido a los dolores de espalda que le aquejaban, en 1864 decidió estudiar medicina con los ojos puestos en la nueva fisiología sensorial que acababa de nacer en Alemania. Tras convencerse de que era capaz de tomar las riendas de su vida y superar las crisis



Dibujo realizado por William James de su hermana Alice, 1860

depresivas, en 1875 dictó en Harvard el primer curso norteamericano de psicología experimental y 15 años después publicó los *Principios de psicología* (1890), el libro en el que definió a la conciencia como la corriente de un río en continuo cambio.

Los *Principios* delinearon el curso que seguiría la psicología norteamericana con su énfasis en el "self", el hábito y el ajuste al medio ambiente, pero James concluyó su carrera de psicólogo poco después debido a la incapacidad del método experimental para investigar el mundo de los sentimientos. Las experiencias personales más íntimas quedaban fuera de los dominios de una psicología artificial que se limitaba a descomponerlas en átomos inertes, fijos e inmutables.

La década siguiente la dedicó a la investigación psíquica, la psicopatología y los estados extraordinarios de conciencia, con la esperanza de explorar los dominios oscuros de la mente subconsciente. Fruto de esta actividad exploratoria fueron *Las variedades de la experiencia religiosa* (1902), un clásico de la psicología religiosa que además es un estudio de los fondos más bajos de la mente humana. Como afirmó en dicho libro, el descubrimiento de la mente subliminal era el descubrimiento más importante de la psicología desde el momento en que él se hizo psicólogo.

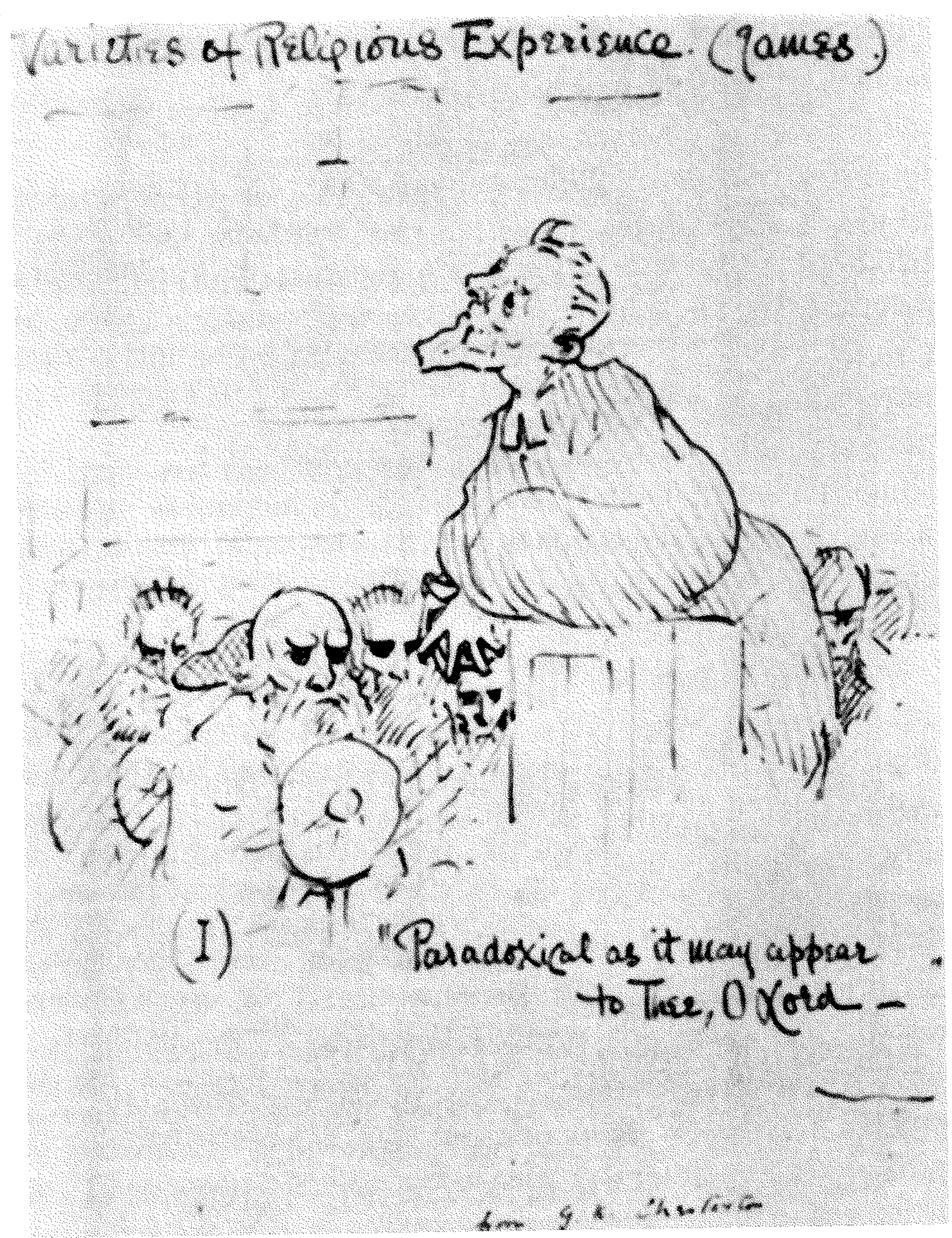
Una vez explorado el mundo de los sentimientos, James se tornó a la filosofía con la intención de esclarecer el lugar del ser humano en el universo, convirtiéndose en el filósofo del pragmatismo y del empirismo radical. Una muerte prematura a los 68 años le impidió concluir su sistema metafísico cuando apenas lo había comenzado.

William James como profesor de anatomía y fisiología en Harvard, 1873

Sus trabajos de investigación psíquica fueron numerosos, aunque un tanto dispersos y asistemáticos. En primer lugar habría que mencionar el censo norteamericano de alucinaciones decidido en el Primer Congreso Internacional de Psicología de París (1889), que le tuvo ocupado hasta el año 1896. Además realizó experimentos de hipnosis, escritura automática y lectura del pensamiento, y publicó informes sobre médiums como Leonora E. Piper (1859-1950), el "cuervo blanco" que le había demostrado que no todos los cuervos eran negros o, lo que es lo mismo, que no todos los fenómenos espiritistas eran fraudulentos. Su conocimiento de algunas intimidades familiares que sólo conocían él y su esposa le impresionó tanto la primera vez que la visitó que no dudó nunca de sus dotes de clarividencia y de su honestidad.

Logros de la investigación psíquica es el último capítulo del libro *Voluntad de creer* (1897), en el James defendió el derecho a las creencias personales que no podían justificarse con argumentos empíricos. En realidad es una mezcla de dos artículos anteriores, uno de 1892 sobre la Sociedad de Investigación Psíquica y el discurso del año 1896 como presidente de esta Sociedad.

La Sociedad de Investigación Psíquica (S.I.P.) tenía como objetivo principal estudiar científicamente los trances de los médiums, la telepatía y demás fenómenos paranormales. Fundada en Londres en 1882 por un grupo de científicos e intelectuales próximos al espiritismo, James se afilió a ella en 1884 debido a la influencia de su amigo Edmund Gurney (1847-1888), autor de los primeros experimentos sobre la hipnosis y fallecido en extrañas circunstancias cuando todavía era joven. Unos años



Caricatura de Chesterton, 1908, que muestra a James en las Conferencias Gifford disertando sobre *Las variedades de la experiencia religiosa*

después, en noviembre de 1893, aceptó el nombramiento de presidente durante el trienio 1894-96, cargo que en 1894 compaginó con la presidencia de la Sociedad Norteamericana de Psicología (A.P.A). Ello le valió muchas críticas de los psicólogos experimentales, que se mostraron hostiles a la investigación psíquica porque creían que ponía en peligro su credibilidad científica. Pero él se mantuvo firme en la defensa de unos estudios que podían ampliar considerablemente el campo limitado y estrecho de la psicología experimental.

Como puede leerse en los primeros párrafos, que están tomados de otro trabajo de 1890 sobre el *Automatismo psicológico* de Janet (1889), los fenómenos que escapan a las categorías de la ciencia establecida frecuentemente son el comienzo de nuevos descubrimientos científicos.

Los trabajos de la S.I.P. han recogido tal cúmulo de datos empíricos que no pueden ser despachados a la ligera. Aunque los experimentos no han respondido plenamente a las expectativas de sus autores, la cantidad de materiales reunidos tiene una consistencia general que les hace merecedores de una mayor atención.

Resultan interesantes las observaciones de James sobre el subconsciente, considerado desde la perspectiva de la teoría de la *conciencia subliminal* de Myers. Esta teoría ampliaba los dominios de la mente inconsciente incluyendo en ella no sólo los fenómenos de desdoblamiento de personalidad observados en la psicopatología, sino también las premoniciones de los médiums y las intuiciones del genio.

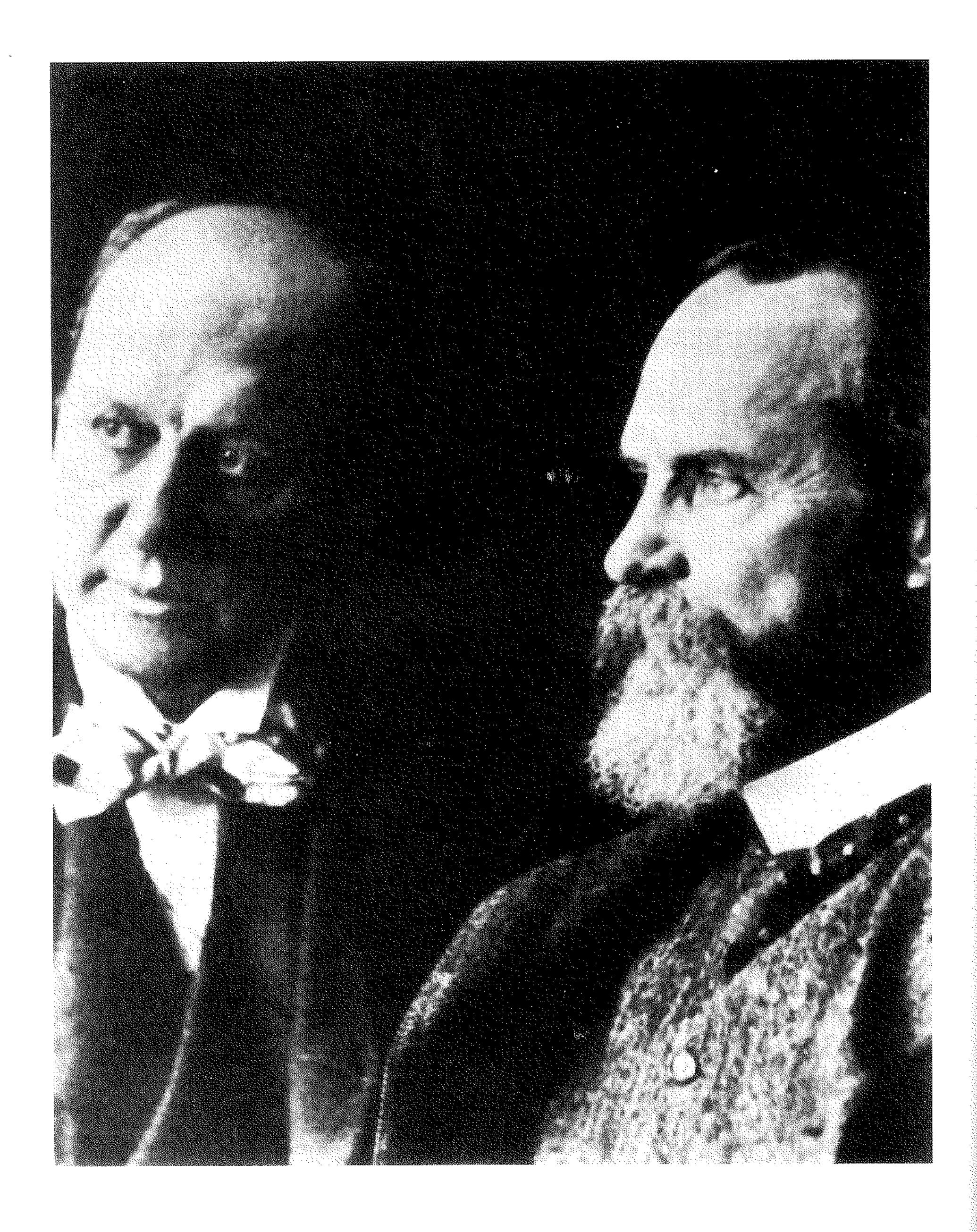
Según Myers, la conciencia oficial no era más que una pequeña parte de una realidad más amplia, el alma, que tenía dos prolon-

gaciones por debajo del umbral de la conciencia, de la misma manera que el espectro visible de la luz se prolonga en los rayos infrarrojos y en los rayos ultravioleta. La prolongación inferior controla las funciones corpóreas más elementales. La superior contacta con el mundo de los espíritus y explica el conocimiento superior de algunas personas.

También son interesantes las críticas de James al racionalismo científico por cuanto que revelan su aversión al intelectualismo y su profundo humanismo. La visión mecanicista del mundo, además de limitada y estrecha, violenta las formas de pensamiento religioso, ético, poético, teleológico, emocional y sentimental, que son las más antiguas en la historia de la humanidad. Es cierto que la visión romántica se presta a excesos y necesita el control de la ciencia, pero se apoya en hechos y experiencias reales, como lo demuestran los *Proceedings* de la S.I.P. La intolerancia de la ciencia hacia esos fenómenos, su negativa a reconocer su importancia, le ha ganado muchas enemistades y explica su impopularidad general.

La ciencia niega sistemáticamente todo lo personal y subjetivo, pero la única realidad de la que tenemos una experiencia directa es nuestra vida personal. De ahí que, como concluye James con unas palabras que anticipan la rebelión de la psicología humanista moderna contra el modelo de ciencia newtoniano, esta negación de lo personal «con el paso del tiempo probablemente se revelará como el mayor defecto con el que nuestra cacareada ciencia sorprenderá a nuestros descendientes, la omisión por la que a sus ojos aparecerá chata y carente de perspectiva».

En una conferencia sobre *La inmortalidad humana* (1898/1998) publicada en esta misma colección, James esbozó una explicación naturalista de los fenómenos psíquicos basada en la existencia de una conciencia cósmica o "mar-madre" en la que estaban almacenados los recuerdos de la tierra. En otro escrito posterior, *Confidencias de un investigador psíquico* (1909), reconoció que el escepticismo de los científicos estaba justificado por los fraudes de los médiums. Sin embargo, era evidente que esta tendencia a la mentira típica del subconsciente iba acompañada de un conocimiento superior que remitía a conciencias que podían movilizar la tendencia del médium a representar en el trance, aun cuando careciesen de forma personal. Aunque los fenómenos eran complejos y oscuros, James estaba convencido de que: «Nosotros con nuestras vidas somos como islas en el mar, o como árboles en el bosque. El arce y el pino pueden susurrarse el uno al otro con sus hojas (...) Pero los árboles mezclan sus raíces en la oscuridad subterránea y las islas también están juntas en el fondo del océano. De la misma manera existe un continuo de conciencia cósmica contra el que nuestra individualidad construye vallas accidentales y en el que nuestras mentes están inmersas como en un depósito o mar madre. Nuestra conciencia normal se circunscribe a nuestro medio ambiente terreno (...), pero en algunos lugares la valla es débil y se cuelan influencias espasmódicas del más allá, mostrando la conexión (...) Asumiendo que exista este depósito común de conciencia, este banco del que todos sacamos dinero, y en el que tienen que estar de algún modo almacenadas tantas memorias de la tierra, (...) la pregunta es: ¿cuál es su estructura, cuál su topografía interna?»



William James y su hermano el novelista Henry James, c. 1902

Esta era la conclusión a la que había llegado, no por razonamiento lógico, sino por el «sentimiento instintivo de las probabilidades dramáticas de la naturaleza». Era la conclusión de un artista cuya visión del mundo estaba muy próxima a la "visión del día" de G. Th. Fechner (1801-1887), el padre de la psicofísica moderna. La conciencia no era un fenómeno marginal, el producto colateral de la actividad nerviosa, sino una relación dada inmediatamente en la experiencia. Porque, según la doctrina del empirismo radical, la estofa última de la realidad, aquello de lo cual están hechas las cosas, no era otra cosa que la "experiencia pura", una experiencia muy primitiva y previa al análisis intelectual, pero, al fin y al cabo, experiencia y, por consiguiente, de naturaleza psíquica.

José María Gondra



Residencia de William James
Calle Irving 95, Cambridge, Massachusetts

Logros de la investigación psíquica

«El gran yacimiento de los descubrimientos científicos –me decía un amigo científico el otro día– lo compone el residuo que queda sin clasificar». En torno a los hechos acreditados y ordenados de toda ciencia siempre flota una especie de nebulosa de observaciones excepcionales, de hechos minúsculos e irregulares difíciles de recopilar, que resulta más fácil pasar por alto que estudiar. El ideal de toda ciencia es componer un sistema de verdades completo y cerrado. El atractivo de la mayoría de las ciencias para sus discípulos más pasivos consiste en aparecer, en mostrarse bajo esta forma ideal. Cada una de nuestras diferentes *logoi* aparenta ofrecer una clasificación categórica para todos los fenómenos posibles de la especie que pretende abarcar; y la imaginación de la mayoría de los hombres está tan lejos de ser libre que una vez ha comprehendido y asimilado un esquema organizado y consistente de este tipo no puede siquiera soñar otro esquema diferente. No se concibe posible ninguna alternativa, ni general ni parcial. Por consiguiente, los fenómenos que no se pueden clasificar dentro del sistema han de ser disparates paradójicos y deben

considerarse falsos. Es más, cuando, como tan a menudo sucede, los relatos de estos fenómenos son vagos e indirectos, cuando aparecen como meras maravillas y excentricidades en vez de como asuntos importantes, se les relega o rechaza con la mejor de las conciencias científicas. Solamente los genios natos se permiten preocuparse y fascinarse con estas excepciones sin resolver y no encuentran la paz hasta que las traen al redil. Galileos, Galvanis, Fresnels, Purkinjes y Darwins siempre están confundidos y preocupados por cosas insignificantes. Renovará su ciencia quien escudriñe seriamente en los fenómenos irregulares. Y cuando la ciencia se renueva, sus nuevas fórmulas suelen sonar más a la música de las excepciones que a la de lo que se suponían sus reglas.

Ninguna porción de ese residuo sin clasificar se ha tratado con mayor indiferencia y desdén científicos que la masa de los fenómenos conocidos como *místicos*. La fisiología no quiere tener nada que ver con ellos. La psicología ortodoxa les vuelve la espalda. La medicina los barre a un lado, o todo lo más, de manera anecdótica, se refiere a algunos de ellos como "efectos de la imaginación" –una mera expresión de rechazo cuyo significado nos es imposible precisar en estas páginas–. No obstante, los fenómenos no dejan de estar ahí, yacen por todos lados en la superficie de la historia. No importa por dónde se abran sus páginas, se encontrarán hechos referidos bajo el nombre de adivinaciones, intuiciones, posesiones diabólicas, apariciones, trances, éxtasis, enfermedades y curaciones milagrosas, y poderes ocultos ostentados por individuos peculiares sobre personas y cosas de su entorno. Se dice que la "mediumnidad" se originó en Rochester, New York, y el magnetismo animal con Mesmer; pero si miramos tras las páginas de la historia oficial, en los libros de memorias personales, los documentos legales, las leyendas populares y los libros de sucedidos, encontraremos que jamás hubo época alguna en que estos fenómenos no se diesen de forma tan abundante como en la actualidad. Nosotros, burgueses bien educados que seguimos exclusivamente la corriente cosmopolita de la cultura, no es raro que tropecemos con algunos diarios antiguos o algún prolífico autor nativo, de los que jamás hemos oído nada en *nuestro* círculo pero cuyo número de lectores se cifra en el cuarto de millón. Siempre nos produce cierto asombro encontrar esta masa de seres humanos que no solamente vive ignorándonos a nosotros y a nuestros dioses sino dedicada a leer, escribir y reflexionar por fuera del pensamiento que forman nuestros cánones y autoridades. Pues bien, un público no menos amplio mantiene y transmite de generación en generación las tradiciones y las prácticas del ocultismo; pero la ciencia académica se ocupa tan poco por sus creencias y opiniones como usted, amable lector, se preocupa por las de los lectores de *Waverley*[1] y de *Fireside Companion*[2]. No hay mente alguna que pueda discernir la totalidad de la verdad. Incluso a la mejor de las mentes siempre hay algo que se le escapa, y no de lo accidental sino de lo sistemático, debido a su propia peculiaridad. La mentalidad científica-académica y la mentalidad femenina-mística se espantan cada una de los hechos que estudia la otra,

[1] N. del E. Se refiere a la novela escrita por sir Walter Scott.
[2] N. del E. Se trata de un afamado catálogo de regalos y utensilios para el hogar.

en virtud de su contraposición en cuanto a disposición y espíritu. Los hechos sólo existen para quienes presentan una afinidad específica con ellos. Y aunque se hayan descubierto y admitido incuestionablemente, las mentes académicas y críticas están lejos de ser las mejor preparadas para interpretarlos y discutirlos –seguramente pasar de las especulaciones místicas a las científicas es como pasar de la locura a la lucidez–, pero por otro lado si hay algo que la historia humana ha demostrado es la extrema lentitud con la que la mentalidad académica y crítica común reconoce que existen hechos que presentan como insólitos, sin etiquetar o sin clasificar, o como hechos que tratan de demoler el sistema establecido. En la psicología, la fisiología y la medicina, donde el debate entre los místicos y los científicos se ha decretado de una vez por todas, por lo general se ha confirmado que los místicos estaban en lo cierto en lo tocante a los *hechos*, mientras que los científicos daban lo mejor de sí con respecto a las teorías. El ejemplo más reciente y flagrante de todo esto lo tenemos en el 'magnetismo animal', cuyos hechos fueron rechazados resueltamente como un rosario de mentiras por la ciencia médica académica de todo el mundo hasta que se halló la teoría no mística de la 'sugestión hipnótica' –entonces se revelaron tan excesiva y peligrosamente comunes que curiosamente debieron decretarse leyes penales especiales para evitar que toda persona que no poseyera un diploma médico pudiera provocar tales estados–. Así también los estigmas, la invulnerabilidad, los discursos inspirados y las posesiones demoniacas, cuyas referencias amarilleaban ayer en nuestras bibliotecas en un estante con el rótulo de 'supersticiones', hoy se vuelven a publicar, a estudiar y a referir incluso con una avidez demasiado crédula bajo el flamante título de 'casos de histeroepilepsia'.

Por repugnante que el estilo místico-filosófico pueda ser (sobre todo si cae en la autocomplacencia), no hay duda de que tiene un don para tratar con cierta clase de experiencia fenoménica. El autor de estas páginas se vio forzado a admitirlo hace unos años, y ahora cree que la mejor manera de apoyar a la filosofía es atender a los hechos tan queridos a los místicos y reflexionar sobre ellos a la manera académica. Es un buen augurio que algunas mentes educadas científicamente en todos los países del mundo vayan derivando hacia la misma conclusión. La Sociedad para la investigación psíquica[1] se ha erigido en un mecanismo para reunir la ciencia y el ocultismo en Inglaterra y América; y en la creencia en que esta Sociedad cumple una función que aunque limitada está destinada a tener su importancia en la organización del conocimiento humano, me satisface dar una breve relación de sus actividades al lector desinformado.

[1] N. del E. Sidgwick, Myers y Gurney, autores a los que luego mencionará James, formaron un grupo dedicado a la investigación de los fenómenos metapsíquicos, o parapsicológicos que se diría ahora, en el año 1876. Tal tentativa alentó la fundación de la Sociedad para la investigación psíquica (Society for psychical research) en 1882 por parte de Barrett y Romanes, con el concurso de los tres autores mencionados, así como de otros notables científicos de la época como Bergson, Balfour o Richet. Fue la primera sociedad de su tipo en el mundo que se dedicó al estudio de estos fenómenos paranormales desde una perspectiva científica; y en 1885 se creó su filial, la Sociedad americana para la investigación psíquica, fundada por el astrónomo Newcomb y con Hodgson como presidente.

De acuerdo con el mito pergeñado en los periódicos y en los salones, el lazo simpático de esta Sociedad es la debilidad mental y la credulidad estúpida, y su principio dinámico la tendencia enfermiza a maravillarse. No obstante, una ojeada a sus miembros bastará para echar por tierra esta opinión. El Presidente es el Profesor Henry Sidgwick[1], conocido por sus otros escritos como la mente más incorregible y exasperantemente crítica de toda Inglaterra. Arthur Balfour, hombre sensato, es uno de sus Vicepresidentes y el Profesor J. P. Langley, Secretario de la Institución Smithsoniana y no menos sensato, es el otro. Hombres como el Profesor Lodge, el eminente físico inglés, y el Profesor Richet, el eminente fisiólogo francés, se cuentan entre los colaboradores más activos de los *Proceedings*[2]; y todo el catálogo de los miembros de la Sociedad está salpicado de nombres que han sido honrados por su capacidad científica en todo el mundo. De hecho, si me pidiesen que señalase una revista científica donde la objetividad y la incansable búsqueda de fuentes de error apareciesen en su pleno esplendor, creo que

[1] Escrito en 1891. Desde entonces han ejercido la presidencia el señor Balfour, el abajo firmante y el Profesor William Crookes.

[2] N. del E. La Sociedad para la investigación psíquica empezó a editar en 1884 dos revistas que continúan apareciendo hoy en día: una de ellas es la que se menciona en el texto, *Proceedings of the Society for Psychical Research*, dedicada a la publicación de los informes sobre los casos estudiados; y la otra es *Journal of the Society for Psychical Research*, en la que aparecen artículos sobre esta temática. A su vez la Sociedad americana para la investigación psíquica empezó a editar una revista a partir de 1907 con el título de *Journal of the American Society for Psychical Research*, que también sigue con vida en la actualidad.

tendría que echar mano de *Proceedings of the Society for Psychical Research*. La generalidad de los artículos que versan sobre temas fisiológicos que pueden encontrarse en otras revistas profesionales suelen mostrar un nivel de conciencia crítica mucho más bajo. En efecto, el canon riguroso de evidencia que se aplica desde hace años para certificar los casos de ciertos 'médiums' condujo a la secesión de la Sociedad de numerosos espiritualistas. Los señores Stainton Moses y A. R. Wallace, entre otros, piensan que las experiencias basadas en la simple observación ni siquiera tendrían que ser admitidas, en caso de exigir la aplicación de un modelo de prueba severo.

La S. I. P., como la llamaré a partir de ahora por comodidad, fue fundada en 1882 por una serie de caballeros, y destacando entre ellos se encontraban los Profesores Sidgwick, W. F. Barrett y Balfour Stewart, y los señores R. H. Hutton, Hansleigh Wedgwood, Edmund Gurney y F. W. H. Myers. Su propósito era doble: en primer lugar desarrollar una experimentación sistemática sobre los asuntos relacionados con la hipnosis, los médiums, la clarividencia y otros similares; y en segundo lugar recopilar evidencias sobre apariciones, casas encantadas y fenómenos similares que se refieren incidentalmente pero que por su carácter huidizo no admiten un control deliberado. En su discurso preliminar, el Profesor Sidgwick insistía en que la división de la opinión pública en lo tocante a estos asuntos era un escándalo para la ciencia –el rechazo absoluto *a priori* caracteriza a lo que llamamos opinión profesional, mientras que la credulidad indiscriminada abunda en demasía entre quienes pretenden tener un acceso de primera mano a los hechos–.

La S. I. P., como si fuera una especie de observatorio meteorológico que acumulase informes de fenómenos tales como las apariciones, ha llevado a cabo un inmenso trabajo. Aunque como corporación experimental no se puede decir que haya satisfecho por completo las esperanzas de sus fundadores. Las razones residen en dos circunstancias: en primer lugar, los clarividentes y demás sujetos que permiten que se experimente con ellos son pocos y se encuentran alejados entre sí; y en segundo lugar, trabajar con ellos conlleva una inmensa cantidad de tiempo y además ese trabajo lo realizan a ratos perdidos investigadores comprometidos en otras ocupaciones. La Sociedad aún no es lo bastante rica como para agenciarse a tiempo completo los servicios de experimentadores curtidos en este difícil campo. La lamentable pérdida de Edmund Gurney, que dedicó más tiempo que nadie a estas tareas, ha dejado un vacío irreparable. Pero aunque no se llevase a cabo ningún trabajo experimental y la S. I. P. no fuese más que un observatorio meteorológico que registrase apariciones esporádicas, etcétera, en toda su frescura, sigo pensando que su función es indispensable para el organismo científico. Si alguno de mis lectores, espoleado por el dicho de que donde hay humo hay fuego, ha echado un vistazo en alguna ocasión a la literatura existente acerca de lo sobrenatural, sabrá lo que quiero decir. Esta literatura es inmensa pero sus evidencias son prácticamente inexistentes. Es cierto que se citan muchos hechos pero los informes que de ellos se refieren son tan falibles e imperfectos que todo lo más llevan a pensar que puede estar bien mantener una ventana abierta en nuestra mente sobre este terreno.

Por el contrario, en *Proceedings of the Society for Psychical Research* prevalecen unas leyes diferentes. Lo que tenemos en mente no es la mera cantidad sino la calidad. Siempre que es posible se examina concienzuda y personalmente a los testigos, se revisan los hechos colaterales, y en la historia del caso aparece impreso su coeficiente preciso de valor de evidencia, con lo que cualquiera puede saber cuál es su peso probatorio. Aparte del trabajo llevado a cabo en los *Proceedings*, no conozco ningún intento sistemático de *sopesar* la evidencia de lo sobrenatural. Esto hace que el valor de los volúmenes ya publicados sea único; y creo firmemente que a medida que pasen los años y el territorio abarcado sea cada vez más extenso, los *Proceedings* tenderán cada vez más a sustituir a todas las demás fuentes de información sobre los fenómenos tenidos por ocultos. Las siguientes generaciones suelen apreciar mejor las recopilaciones de este tenor. Los jóvenes antropólogos y psicólogos que pronto ocuparán la escena pensarán que ha sido un gran escándalo científico dejar tal masa de experiencia humana a su suerte entre la tradición incierta y la credulidad por una parte y la denegación dogmática de largo alcance por la otra, sin un cuerpo de personas voluntariosas y competentes que estudie el asunto paciente y rigurosamente. Si la Sociedad vive lo suficiente como para que su presencia se haga familiar de modo que toda aparición o casa o persona infestada de incontables ruidos o perturbaciones de objetos materiales sea materia de estudio para que sus funcionarios hagan sus informes, no hay duda de que acabaremos por tener una cantidad de hechos concretos suficiente como para crear una teoría. Por tanto, quienes ahora la sostie-

nen tendrán que acostumbrarse a la idea de que su primer deber es simplemente pervivir de año en año llevando a cabo esta función recopiladora aunque en un primer momento no surja resultado conclusivo de ningún tipo.

Pero la mera organización externa no genera grandes progresos en los asuntos científicos. Las Sociedades pueden respaldar a los hombres de genio pero no pueden tomar su lugar. El contraste entre la Sociedad matriz y su ramal americano ilustra bien esto. En Inglaterra, un pequeño grupo de hombres con gran entusiasmo y talento para el trabajo formaron su núcleo; en nuestro país el señor Hodgson ha tenido que ser importado desde Europa antes de que pudiera hacerse algún progreso tangible. Lo que quizás haya contribuido más que nada a mantener la Sociedad unida ha sido el extraordinario talento del Profesor Sidgwick para inspirar confianza a gente muy diversa. Tal tenacidad en la búsqueda de resultados y tal imparcialidad absoluta a la hora de discutir las evidencias sólo se dan una vez al siglo reunidas en una persona. Su obstinada creencia en que aún hay algo que se puede sacar a la luz alienta a los desanimados; su incapacidad constitucional para extraer conclusiones precipitadas tranquiliza a quienes temen ser embaucados. La señora Sidgwick –hermana, por cierto, del gran Arthur Balfour– es una meritoria aliada de su marido en estos asuntos que también exhibe un extraño poder de mantener su juicio en suspenso, una observación penetrante y una capacidad para trabajar con seres humanos que escasea en cualquiera de los dos sexos.

El bracero de la Sociedad, en un primer momento, fue Edmund Gurney. Gurney fue un hombre con las simpatías y los

talentos más extraños. Aunque, como Carlyle, solía quejarse de la pesadez de sus trabajos, sin embargo mostraba una capacidad colosal para despachar asuntos saliendo airoso de las penalidades más repelentes. Prueba de ello son sus dos gruesos volúmenes titulados *Phantasms of the living*[1], recopilados y publicados en tres años. Además de esto, tenía un instinto artístico exquisito y su impresionante volumen titulado *The power of sound*[2] fue en el momento de su aparición la obra sobre estética más importante en lengua inglesa. También tenía un corazón muy sensible y una mente de una rara capacidad metafísica, como podrá comprobar cualquier lector de sus volúmenes de ensayos *Tertium quid*[3]. El señor Frederic Myers, bien conocido como uno de los ensayistas ingleses más brillantes, es el 'ingenium profervidum' de la S. I. P. Más adelante diré unas palabras sobre el valor de los escritos teóricos del señor Myers. El doctor Hodgson, el secretario americano, se distingue por poseer un equilibrio mental casi tan raro a su manera como el de Sidgwick. Está convencido de la realidad de muchos de los fenómenos llamados espiritistas, pero también tiene una agudeza poco común para detectar el error; y es imposible saber de antemano si le satisfará más confirmar o desbaratar un caso dado que se haya sometido a su examen.

---

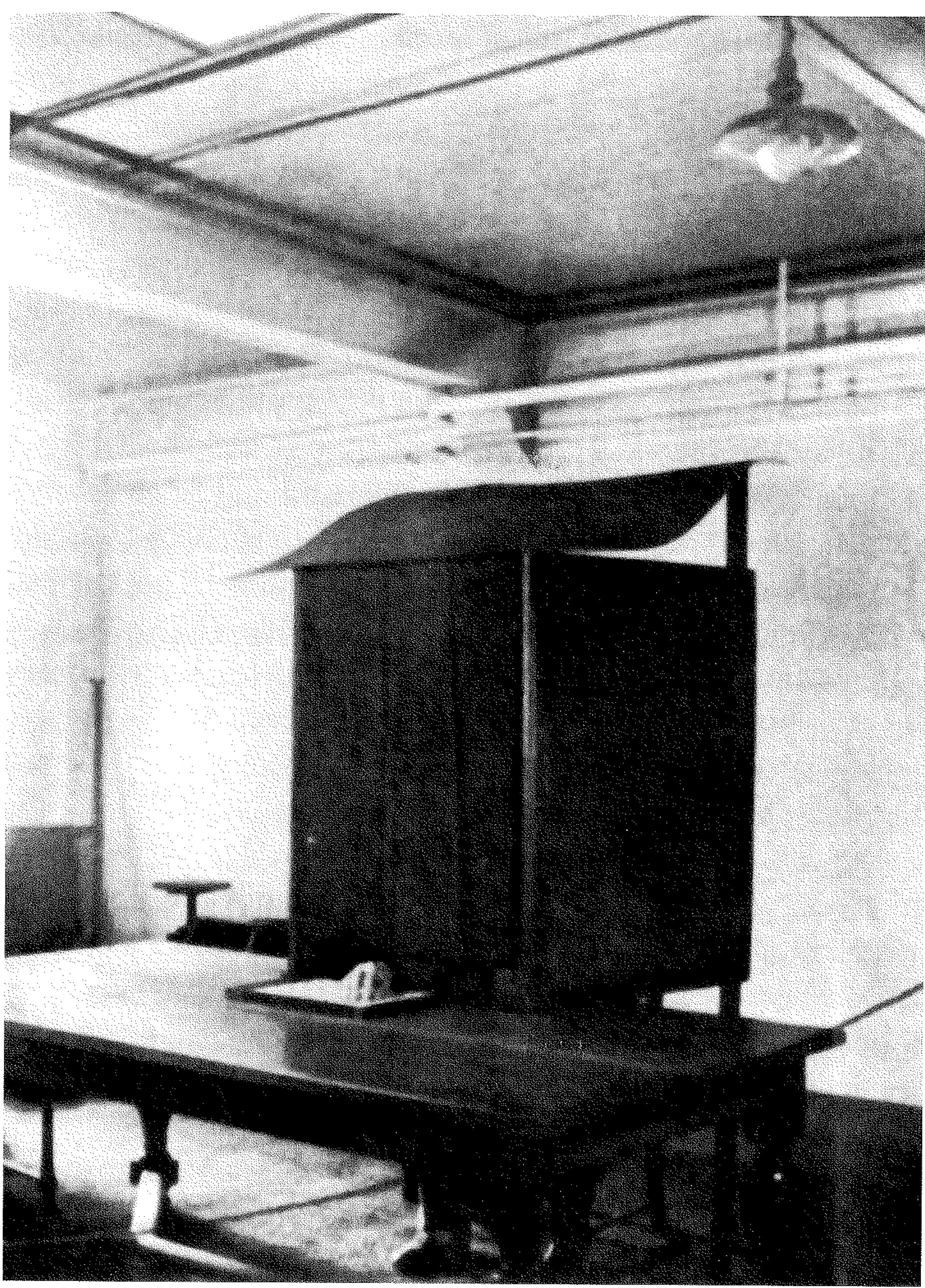
[1] N. del E. Gurney, E., Myers, F. W. H. y Podmore, F. *Phantasms of the living*. Trübner, Londres, 1886.
[2] N. del E. Gurney, E. *The power of sound*. Smith, Elder & Co., Londres, 1880.
[3] N. del E. Gurney, E. *Tertium quid*. Kegan Paul, Londres, 1887.

Ya es hora de echar un vistazo rápido a los contenidos de los *Proceedings*. Los dos primeros años estuvieron dedicados en su mayor parte a experimentos sobre transferencia del pensamiento. El primer grupo experimental lo formaron las hijas de un clérigo llamado Creery, quien convenció a los señores Balfour Stewart, Barrett, Myers y Gurney de que las chicas tenían un poder inexplicable para adivinar nombres y objetos en los que estuvieran pensando otras personas. Dos años más tarde, la señora Sidgwick y el señor Gurney reanudaron los experimentos con las mismas chicas y descubrieron que se hacían señales. Es cierto que en su mayor parte las condiciones experimentales en que se realizaron las series primigenias excluían que se hiciesen señales y también es posible que el fraude pueda haber corrompido lo que originalmente fue un fenómeno genuino. Sin embargo, Gurney estuvo acertado al abandonar la serie entera al escepticismo del lector. Muchos críticos de la S. I. P. creen que debería dar por acabada su labor con sólo oír este caso. Pero se realizaron experimentos con más de treinta sujetos. Tres de ellos se realizaron a gran distancia durante los dos primeros años: uno con el señor G. A. Smith, el otro con dos mujeres jóvenes de Liverpool en la empresa del señor Malcolm Guthrie.

Todos aquellos que participaron en estos últimos experimentos opinan que se excluyeron suficientemente las fuentes de engaño consciente e inconsciente y que el amplio porcentaje de aciertos por parte de los sujetos sobre las palabras, diagramas y sensaciones que ocupaban la conciencia de las otras personas no se podía explicar en forma alguna como resultado del azar. De hecho, los testigos de estas experiencias quedaron tan satisfechos de la autenticidad de los fenómenos, que la "telepatía" figura con total libertad en los artículos de los *Proceedings* y en el libro de Gurney sobre los fantasmas como una *vera causa* sobre la que habrá que construir hipótesis adicionales. A pesar de todo esto, no se puede censurar al simple lector si con respecto a tan revolucionaria creencia pide un volumen de testimonios más contundente que el aportado hasta ahora. Algún día, claro está, puede que experimentos nuevos desemboquen en una conjetura acertada pero mientras, en tanto carezcamos de ellos, sólo podemos apuntar que las hipótesis actuales ven sus líneas reforzadas, por decirlo así, gracias a todas las observaciones que tienden a corroborar la posibilidad de otros fenómenos emparentados, tales como la impresión telepática, la clarividencia o la llamada mediumnidad. El crédito del género avala a sus especies.

A continuación hay que mencionar los artículos de Gurney sobre el hipnotismo. Algunos se dedican menos a establecer hechos nuevos que a analizar los antiguos. Pero dejando esto a un lado, encontramos que en la línea de la observación pura Gurney sostiene haber determinado en más de un sujeto los siguientes fenómenos: el sujeto pasa sus manos por debajo de una manta, que oculta al operador, y su mente se encuentra absorta en una conversación con una tercera persona; mientras tanto el operador señala con el dedo uno de los dedos del sujeto, y ese dedo responde a la selección silenciosa poniéndose rígido o quedando anestesiado, según el caso. La interpretación es difícil pero el fenómeno, que yo mismo he observado, parece auténtico.

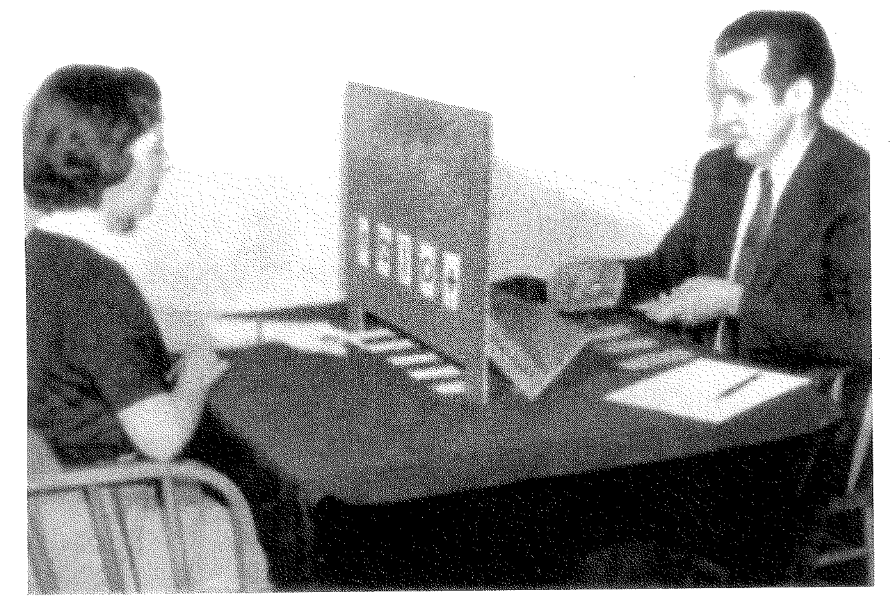
Otra observación realizada por Gurney parece probar la posibilidad de que la mente del sujeto esté influida directamente

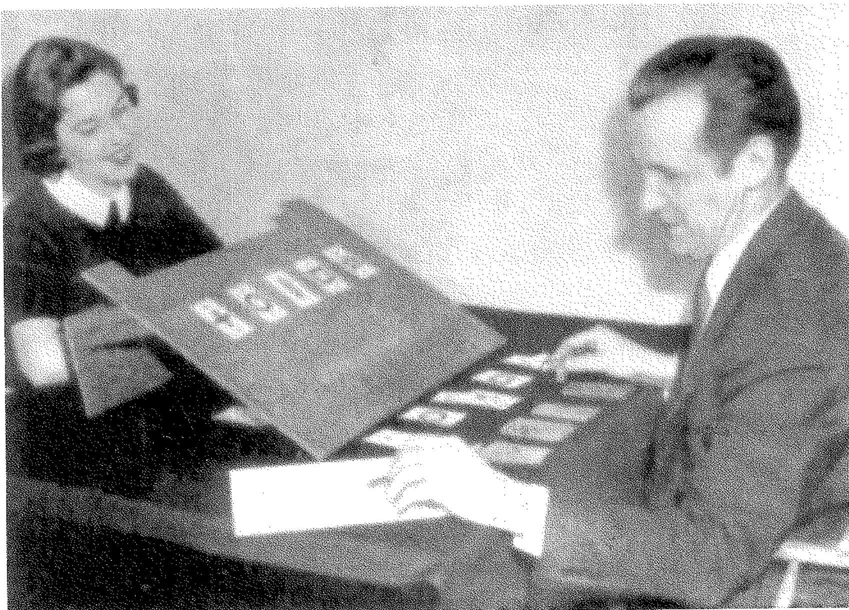


Aparato experimental utilizado en estudios sobre telepatía, c. 1920

por la del operador. El sujeto hipnotizado responde, o deja de responder, a las preguntas realizadas por una tercera persona en función del asentimiento o el rechazo mudos del operador. Naturalmente, en estos experimentos se excluyeron todas las fuentes obvias de fraude. Pero la contribución más importante de Gurney a nuestro conocimiento sobre el hipnotismo fue su serie de experimentos sobre la escritura automática en sujetos que habían sido sometidos a sugestiones posthipnóticas. Por ejemplo, se le dice a un sujeto que atizará el fuego seis minutos después de despertarse. Al despertar no recuerda en modo alguno la orden pero mientras está sumido en una conversación su mano se posa sobre una *planchette* e inmediatamente escribe la frase «P., atizarás el fuego dentro de seis minutos». Experimentos como éste, que se han repetido con numerosas variantes, parecen probar que bajo la conciencia superior persiste la conciencia hipnótica, que aumenta con la sugestión y es capaz de expresarse a través del movimiento involuntario de la mano.

Así pues, Gurney comparte con Janet y Binet el honor de demostrar la existencia simultánea de dos estratos diferentes de conciencia, ignorantes uno del otro, en la misma persona. La "extraconciencia", como puede llamarse, puede ponerse de relieve mediante el método de la escritura automática. Este descubrimiento inaugura una nueva era en la psicología experimental y es imposible sobrestimar su importancia. Pero la gran obra maestra de Gurney es su laborioso *Phantasms of the living*. Como ejemplo del ingente trabajo requerido por esos dos volúmenes basta decir que al examinar las pruebas de supuestos fenómenos físicos de brujería, Gurney nos presenta su cuida-





Experimento de telepatía con cartas

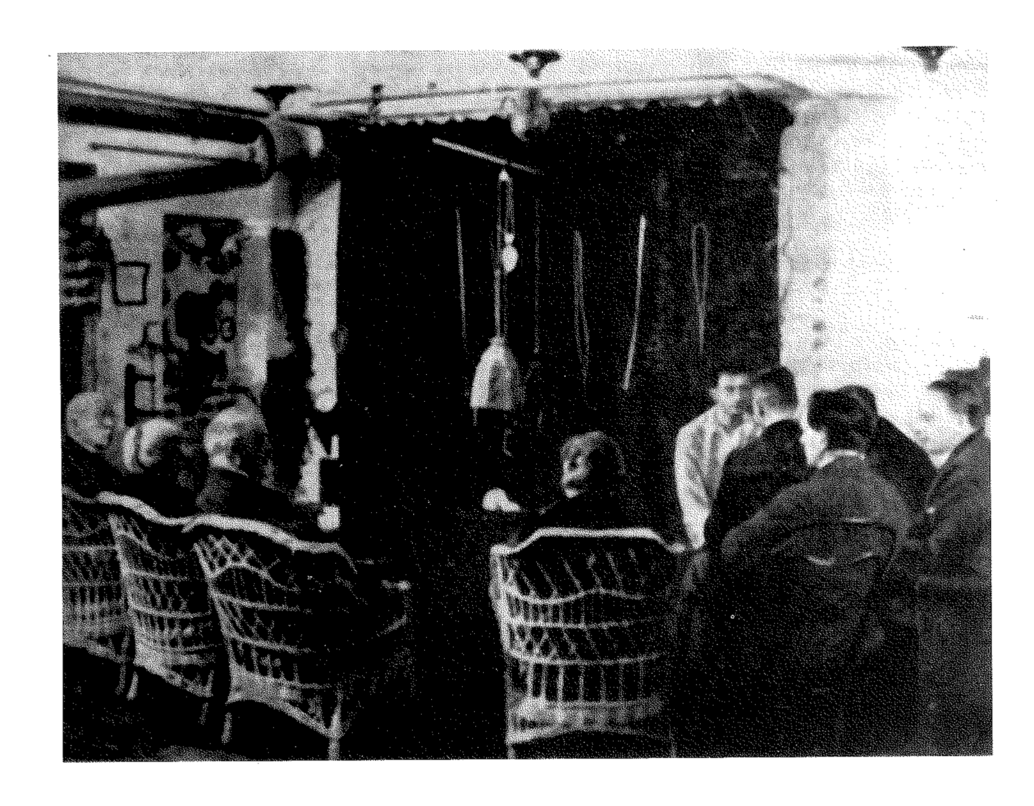
dosa investigación que abarca doscientos sesenta libros sobre el tema, con el resultado de que no encuentra ninguna evidencia de primera mano referida en los juicios excepto las propias confesiones de las víctimas, que se achacan como es natural a la tortura o a las alucinaciones. Esta afirmación, pronunciada en una modesta nota, es sólo un ejemplo del esmero que todo el libro trasluce. A lo largo de sus dos volúmenes Gurney discute unos setecientos casos de apariciones recopilados por él mismo. Un gran número fueron 'verídicas' en el sentido de que coincidían con alguna desgracia que le había sucedido a la persona que se aparecía. La explicación de Gurney es que la mente de la persona que estaba sufriendo la desgracia era capaz en ese momento de estampar una alucinación en la mente del perceptor.

De acuerdo con esta teoría 'telepática' las apariciones pueden considerarse hechos 'objetivos' aunque no sean hechos 'materiales'. Para probar que la certeza de tales alucinaciones verídicas no se debía a la simple casualidad Gurney instituyó el 'censo de alucinaciones', que ha tenido continuidad con el resultado de obtener respuestas de más de veinticinco mil personas a las que se preguntó al azar en diferentes países si gozando de buena salud y estando despiertos habían oído alguna voz o visto alguna forma o sentido algún roce en alguna ocasión que ninguna presencia material pudiera explicar. Hablando claro, parece ser que en Inglaterra un adulto de cada diez ha tenido alguna experiencia semejante al menos una vez en su vida, y que de esas experiencias un gran número coincide con algún acontecimiento distante. La cuestión es si la frecuencia de estos últimos casos es demasiado alta como para juzgarlos fortuitos debiendo suponer así una conexión oculta entre los

dos eventos. El señor y la señora Sidgwick han resuelto este problema partiendo de los datos del inglés, en número de diecisiete mil, trabajando con un esmero y una meticulosidad que no dejan nada que desear. Su conclusión es que los casos en que la aparición de una persona se da en el día de su muerte son cuatrocientas cuarenta veces más numerosos de lo que la casualidad permite suponer. El razonamiento empleado para calcular este número es bastante simple. Si sólo hubiese una conexión fortuita entre la muerte de un individuo y el hecho de que éste se le aparezca a alguien a distancia, la posibilidad de que la muerte cayese en el mismo día que la aparición y la de que ocurriese el mismo día que cualquier otro evento habría de ser la misma. Pero la probabilidad de que la muerte de un individuo caiga sobre un día dado señalado de antemano por algún otro evento es igual a la probabilidad de que el individuo muera cualquier otro día, y la estadística nacional sobre muertes habla de que su probabilidad es una a diecinueve mil. Así que si la coincidencia de la muerte de una persona con la aparición de esa misma persona fuera simplemente fortuita no debería ocurrir más de una vez por cada diecinueve mil casos. No obstante, en realidad ocurre (de acuerdo con el censo) una vez de cada cuarenta y tres casos, un número (como ya he dicho) cuatrocientas cuarenta veces mayor. El censo americano, con unas siete mil respuestas, arroja unos resultados tremendamente similares. La única réplica racional contra esta conclusión que soy capaz de vislumbrar es que los datos son aún demasiado escasos; que la red no abarca un espacio lo suficientemente amplio; y que para conseguir un buen promedio necesitamos más de veinticuatro mil respuestas al cuestionario del censo. Claro está que esto puede ser cierto aunque parezca sumamente improbable; y puede que en nuestras veinticuatro mil respuestas haya montones de casos verídicos indebidos.

El siguiente tema digno de mención en los *Proceedings* es el estudio de los fenómenos físicos de la mediumnidad (escritura en pizarras, movimiento de muebles, etcétera) por parte de la señora Sidgwick, el señor Hodgson y 'el señor Davey'. Hasta ahora esto ha desbaratado las pretensiones de todos los médiums examinados. El mismo 'señor Davey' llevó a cabo una escritura en pizarra fraudulenta de categoría superior mientras el señor Hodgson, 'sentado' de incógnito en la reunión, revisó los informes escritos de las otras personas presentes –todos ellos personas inteligentes– y mostró que en todos los casos dejaron de ver rasgos esenciales de lo que estaba pasando ante sus ojos. Probablemente la contribución Davey-Hodgson es el documento más dañino referente a evidencia de testigos oculares que jamás se haya producido. Otro trabajo basado en la observación personal es el informe del señor Hodgson sobre las pretensiones de Madame Blavatsky sobre su mediumnidad física. Es adverso para las aspiraciones de esta señora; y aunque algunos de los amigos de Madame Blavatsky le restan importancia es un golpe del que su reputación no se recobrará.

En los *Proceedings* se ha sido exigente con la mediumnidad física en todas sus fases. El último caso referido ha sido el de la famosa Eusapia Paladino, a quien tras una brillante y exitosa carrera en el continente se le ha pillado cometiendo un fraude en Cambridge, por lo que de acuerdo con las draconianas reglas



Sesión experimental con un médium, 1926

metódicas que gobiernan la Sociedad se ha descartado una nueva vista. En cambio el caso de Stainton Moses, sobre el que el señor Myers ha extraído gran cantidad de testimonios que no ha publicado, parece escapar a esta condena universal y parece forzarnos a elegir entre lo que el señor Andrew Lang llama un milagro físico y un milagro moral.

En el caso de la señora Piper, que no es una médium física sino una médium que cae en trance, no parecemos tener elección alguna. El señor Hodgson y otras personas han llevado a cabo estudios prolongados de los trances de esta dama y todos están convencidos de que en este caso se están manifestando poderes cognitivos sobrenaturales. Se deben *prima facie* al 'control espiritual'. Pero las condiciones son tan complejas que ha de posponerse toda decisión dogmática a favor o en contra de la hipótesis espiritista.

Una de las contribuciones experimentales más importantes a los *Proceedings* es el artículo de la señorita X. sobre las 'bolas de cristal'. Muchas personas caen en una especie de aturdimiento y tienen visiones al mirar fijamente un cristal o cualquier otra superficie vagamente luminosa. La señorita X. posee esta susceptibilidad en un grado muy elevado y además es un espíritu crítico extraordinariamente inteligente. Ella refiere muchas visiones que aparentemente sólo se pueden describir como clarividencia y otras que rellenan a la perfección un nicho vacante en nuestro conocimiento de las operaciones mentales subconscientes. Por ejemplo, mirando en una bola de cristal una mañana antes de desayunar lee en caracteres de imprenta la muerte de una señora de entre sus amistades, apareciendo escritas correctamente la fecha y otras circunstancias



Fotografía de Buguet que muestra al espectro de Balzac

de la muerte. Asustada mira en el *Times* del día anterior para verificar el hecho y entre las esquelas encuentra las mismas palabras que ha visto. En la misma página hay otros datos que ella recuerda haber leído el día anterior, y la única explicación posible parece ser que sus ojos vieron sin atender, por decirlo así, los datos de la muerte en cuestión, los cuales se sumieron en el acto en un rincón específico de su memoria y surgieron como una alucinación visual cuando tuvo lugar una modificación peculiar de su conciencia inducida al mirar la bola.

Pasando de los artículos basados en la observación a los artículos basados en la narrativa, nos encontramos con un buen número de historias de fantasmas, etcétera, expurgadas por la señora Sidgwick y examinadas por los señores Myers y Podmore. Forman la mejor literatura de fantasmas que conozco desde el punto de vista de su interés emotivo. En cuanto a sus conclusiones, la señora Sidgwick no se pronuncia mientras que el señor Myers y el señor Podmore se muestran respectivamente receptivo y hostil a la noción de que tales historias tengan una base objetiva dependiente de una vida tras la muerte.

Debo acabar mi disertación sobre los *Proceedings* nombrando lo que después de todo me parece lo más importante de sus contenidos. Me refiero a la larga serie de artículos del señor Myers sobre lo que ahora denomina el 'yo subliminal' o lo que se podría designar como la conciencia ultramarginal. El resultado de los eruditos e ingeniosos estudios de Myers sobre el hipnotismo, las alucinaciones, la escritura automática, la mediumnidad, y toda la serie de fenómenos relacionados es una convicción que expresa en los siguientes términos:

«Cada uno de nosotros es en realidad una entidad psíquica perdurable mucho más extensa de lo que pensamos, una individualidad que jamás puede expresarse completamente a través de las manifestaciones corporales. El yo se manifiesta a través del organismo pero siempre queda una parte del yo que no se manifiesta y al parecer siempre queda alguna fuerza expresiva orgánica en suspenso o en reserva».

El señor Myers compara la conciencia ordinaria con la parte visible del espectro solar; la conciencia total es como el espectro aumentado por la inclusión de los rayos infrarrojos y ultravioletas. En el espectro psíquico las 'ultrapartes' pueden abarcar un rango más amplio tanto de actividad fisiológica como psicológica que se abre a nuestra conciencia ordinaria y a nuestra memoria. En el estrato más inferior tenemos la prolongación *fisiológica*: curas mentales, estigmas, éxtasis, etcétera; en el superior: las cogniciones hipernormales de los trances de médiums. Cualquiera que sea el juicio que en el futuro se emita sobre las especulaciones del señor Myers, siempre les quedará el mérito de haber sido la primera tentativa en cualquier lengua de considerar los fenómenos de las alucinaciones, el hipnotismo, el automatismo, la doble personalidad y la mediumnidad como partes relacionadas de un todo. Todas las construcciones en este campo han de ser provisionales y el señor Myers nos ofrece sus formulaciones como algo provisional. Pero gracias a él empezamos a vislumbrar por primera vez que estos fenómenos, desde el automatismo motor más rudimentario hasta las apariciones sensoriales más sobrecogedoras, forman un vasto sistema entrelazado y graduado. Dejando a un lado las conclusiones del señor Myers, su tratamiento metódico de estos fenómenos según clases y series es el primer gran

paso para superar la aversión que la ciencia ortodoxa siente hacia su estudio.

La reacción ante los testimonios que escuchamos siempre está determinada por la experiencia personal. La mayoría de los hombres que se han convencido, tras lo que consideran un examen meticuloso, de que existe algo sobrenatural de algún tipo, empiezan por relajar su juicio crítico ante las pruebas y acaban abriendo las puertas de su mente de par en par a lo sobrenatural en toda su extensión. A una mente que ha dado este *salto mortale*, el trabajo meticuloso sobre casos insignificantes y la discusión sutil sobre el valor de las evidencias de que están llenos los informes de la Sociedad le parecen insufriblemente tediosos. Y así es, verdaderamente pocos tipos de literatura son más sosos que los informes sobre fantasmas. Tomados en sí mismos, como hechos aislados que examinar detenidamente, aparecen tan desprovistos de significado e importancia que aun en el caso de que sean ciertos, a buen seguro se estaría tentado a dejarlos de lado por ser tan simples.

Por eso creo que la aversión que despiertan las palabras 'investigación psíquica' e 'investigador psíquico' en tantos corazones científicos honestos no sólo es natural sino hasta cierto punto digna de elogio. Un hombre incapaz de concebir *órbita* alguna para tales meteoros mentales no puede sino imaginar que los señores Gurney, Myers y compañía se ocupan de ellos por estar maravillados ante tales prodigios tan tontos y faltos de interés. ¡Y qué prodigios! Así la ciencia simplemente recurre a su *non-possumus* habitual; y la mayoría de los pretendidos críticos con los *Proceedings* se contentan con oponer a los fenómenos registrados la simple presunción según la cual de una

manera u otra los informes *deben* ser falaces –pues hasta ahora el orden de la naturaleza se ha plegado al escrutinio realmente científico, siempre se ha probado que procede de otra manera–. Pero cuanto más forzados nos vemos a rechazar algún hecho semejante por esta mera presunción, más débil se hace ésta; y con el tiempo se podría llegar a agotar el privilegio de esta presunción, aun cuando se parta de argumentos muy buenos (tal como hacen nuestros antitelépatas), como es la magna inducción de la psicología según la cual todo nuestro conocimiento proviene del uso de nuestra vista, oído y los demás sentidos. Y también debemos recordar que por el contrario este minado de la fuerza de la presunción debido a la recopilación reiterada de hechos no requiere lógicamente que todos los hechos estén comprobados. Es evidente que cuando están circulando unos cuantos rumores contra la reputación de un hombre de negocios, aunque todos sean vagos y no haya pruebas de que ese hombre haya sido deshonesto, la *presunción* de su honestidad se debilita. Y este efecto sería más seguro si, como Gurney decía, tales rumores formasen astillas y no un haz de leña, es decir, si fuesen independientes uno del otro y tuviesen orígenes diferentes. Ahora mismo algunas evidencias sobre la telepatía que nos llegan son débiles y otras fuertes, son astillas y no un haz. Ningún dato cita el contenido de otro como parte de su propia evidencia. Pero tomados todos los datos en su conjunto muestran cierta consistencia general, hay un método en su locura, por así decirlo. Así cada uno de ellos añade valor al conjunto; y acumulativamente, ninguna mente inocente puede cerrar los ojos, restan fuerza de presunción a la creencia ortodoxa de que no hay cosa alguna en el intelecto que no provenga de la experiencia ordinaria de los sentidos.

Pero es miserable que una cuestión en la que se trate de la verdad sea confinada a la mera presunción y contrapresunción, sin que haya rayo fáctico decisivo alguno que aclare esta desconcertante oscuridad. Y, a decir verdad, al hablar tanto de que nuestros informes simplemente tienen valor para debilitar presunciones he adoptado deliberadamente la perspectiva de los llamados incrédulos 'rigurosamente científicos', haciendo un alegato *ad hominem*. Mi propio punto de vista es diferente. En mi opinión ya *ha* caído el rayo, y la presunción de la creencia ortodoxa no sólo ha quedado debilitada sino que la verdad misma de la creencia se ha derrumbado decisivamente. Si me permiten emplear el lenguaje de un lógico profesional, un caso particular invalida una proposición universal. Si se desea trastocar la ley de que todos los cuervos son negros, no debes intentar demostrar que no hay cuervos, basta con probar que un solo cuervo es blanco.

Mi cuervo blanco es la señora Piper. En los trances de esta médium, me puede el convencimiento de que surge un conocimiento que ella no ha logrado a través del uso ordinario vigil de sus ojos, sus oídos y su inteligencia. No sé cuál puede ser la fuente de este conocimiento ni tengo el menor indicio que me procure una hipótesis explicativa; pero desde el momento en que se admite tal conocimiento no hay escape. Así cuando me vuelvo hacia el resto de las evidencias, fantasmas y demás, no puedo acarrear conmigo el sesgo irreversiblemente negativo de la mente 'rigurosamente científica', con su presunción de lo que debería ser el verdadero orden natural. Siento como si, aunque ahora mismo la evidencia sea débil, no se pudiera acarrear con semejante peso. En verdad la mente rigu-



Retrato de la médium Leonora E. Piper

rosamente científica puede pasarse de la raya con facilidad. La ciencia significa en primer lugar un método desapasionado. Suponer que significa un conjunto de resultados que uno se podría prender con alfileres en su fe y abrazarlos para siempre es engañarse tristemente sobre su genialidad y degradar el cuerpo científico al estatus de una secta.

Todos nosotros, científicos y no científicos, vivimos sobre un plano inclinado de credulidad. El plano se inclina de una manera en un hombre y de otra manera en otro; ¡cómo podría echar a rodar una piedra un hombre cuyo plano no se inclinase! A decir verdad, los trances de los que hablo han echado abajo en mi mente los límites del orden natural admitido. Para mí la ciencia, desde el momento en que niega tales casos excepcionales, yace postrada en el polvo; y la necesidad intelectual más urgente que siento ahora es que la ciencia ha de ser construida otra vez de forma que haya lugar para tales asuntos. La ciencia, como la vida, se alimenta de su propia podredumbre. Los hechos nuevos revientan los viejos principios, y entonces nuevas concepciones divinizadas agavillan los viejos principios y los nuevos hechos en una ley reconciliatoria.

Y en esto radica lo más aleccionador de la obra de los señores Gurney y Myers. Ellos están tratando con la mayor diligencia de encontrar una concepción conciliatoria que someta las antiguas leyes de la naturaleza a la deformación más pequeña posible. El señor Myers utiliza ese método de la aproximación gradual que en manos de Darwin logró maravillas. Cuando Darwin encontraba un hecho que parecía un obstáculo para su teoría acostumbraba, tal como he escuchado a un colega competente, a amontonar a su alrededor hechos más pequeños, como

haría un carretero amontonando tierra para superar una roca en el camino y que su carro la pueda salvar sin contratiempos. Así el señor Myers, empezando por los hechos más comunes de la conciencia desatenta sigue la pista través de una larga serie que culmina en los fantasmas y pretende mostrar que no son sino manifestaciones extremas de una verdad común, la verdad de que los segmentos invisibles de nuestras mentes bajo condiciones rara vez comprendidas son susceptibles de afectar y ser afectados por segmentos invisibles de otras conciencias vivas. Puede que esto no sea verdad (por lo que yo sé, según los teósofos, con sus cuerpos astrales y semejantes, es una prueba de que se está en el buen camino) pero no se puede negar que se trata de un proceder plenamente científico, pues la ciencia siempre parte de una serie de aspectos conocidos de un fenómeno e intenta ampliar su alcance.

Yo mismo, como agente americano para el censo, he recopilado cientos de casos de alucinaciones en personas sanas. El resultado es que siento que todos poseemos potencialmente un 'yo' subliminal que en ciertas ocasiones puede irrumpir en nuestra vida cotidiana. En su nivel más bajo, solamente es el depositario de nuestros recuerdos olvidados; en su nivel más alto, no tenemos ni idea de lo que es. Veamos por ejemplo una serie de casos. Muchas personas pueden medir el paso del tiempo mientras duermen mejor que estando despiertos. Se despiertan a la hora convenida, de la que son conscientes en cuanto se despiertan. Se puede dar una alucinación, como le pasaba a una señora que me informó de que en el instante en que se despertaba tenía una visión de la esfera de su reloj con las manecillas apuntando a la hora exacta (como había verificado

muchas veces); puede ser un sentimiento de que ha transcurrido un periodo fisiológico; pero sea lo que fuere, es subconsciente.

Un algo subconsciente puede preservar también las experiencias a las que no prestamos nuestra atención. Una señora que tomaba su almuerzo en la ciudad se encontró con que no tenía su monedero. Instantáneamente le invadió la sensación de que al levantarse del desayuno había oído caer al suelo su monedero. Al volver a casa no lo encontró bajo la mesa así que llamó a la criada para preguntarle dónde lo había puesto. La criada contestó: «¿Cómo sabe que estaba ahí? Usted se levantó de la mesa y dejó la habitación como si no se hubiera dado cuenta de que se le había caído». Ese algo inconsciente puede acordarse de lo que hemos olvidado. Una señora que solía tomar salicilato de sosa para el reumatismo muscular se despertó temprano una mañana de invierno con el cuello dolorido. A la luz trémula de la habitación cogió del cajón lo que creía eran sus polvos de costumbre, los disolvió en un vaso de agua y se lo iba a beber de un trago cuando sintió una brusca palmada en su hombro y oyó una voz que le decía al oído: «¡Pruébalo!» Al examinarlo se encontró con que se había equivocado pues había cogido unos polvos de morfina. La interpretación natural es que su recuerdo durmiente de los polvos de morfina se despertó de esta manera casi explosiva. En el siguiente caso se daría una explicación similar: una señora, que apenas tiene tiempo para coger el tren y está oyendo que el factor anuncia su salida, busca nerviosa la llave de un baúl atestado; subiendo a toda prisa escalera arriba por la estación con un manojo de llaves, que no le han funcionado, oye claramente

una voz 'objetiva' que le dice: «Prueba con la llave de la tartera». Lo intentó y funcionó. Esto también puede haberse debido a una experiencia olvidada.

El efecto se debe sin ninguna duda al mismo mecanismo alucinatorio; pero no es tan fácil encontrar su fuente cuando ascendemos por la escala de casos. Una señora, por ejemplo, después del desayuno fue a ver a una de sus criadas que se había puesto enferma la noche anterior y se asustó al leer claramente sobre la puerta del dormitorio la palabra 'viruela' en letras doradas. Llaman al médico y enseguida diagnostica que la enfermedad es viruela, si bien la dama dice: «La idea de que la chica tenía viruela nunca me vino a la mente hasta que vi la inscripción». Y hay otros casos de advertencias: un joven sentado dentro de un carruaje de repente oyó la voz de su madre muerta que le decía: «¡Stephen, sal de ahí rápido!», y saltó fuera justo a tiempo para ver que el techo del carruaje se desplomaba.

Tras esto vienen las experiencias de apariciones de personas a amigos que están lejos en momentos próximos a la hora de la muerte. También en este caso tenemos las visiones y las declaraciones en estado de trance, que pueden parecer asombrosamente profusas y mantienen un nivel intelectual bastante alto. En el caso de todos estos fenómenos superiores me parece que si bien el mecanismo puede semejarse al de la 'alucinación', señalar operaciones mentales subconscientes comunes –tales como la expectación, el recuerdo o la inferencia a partir de una percepción desatenta– como la causa última que los pone en marcha sería abusar de una hipótesis indebidamente. Si no se quiere caer en el pozo de lo misterioso la

mejor táctica es tachar las narraciones mismas como indignas de confianza. En mi opinión la credibilidad de la mayoría está lejos de haberse probado. Y sin embargo a la luz de los trances mediúmnicos, que sí *están* probados, parece como si formasen parte de una categoría natural de hechos cuya extensión aún no conocemos.

Miles de organizaciones en los Estados Unidos viven hoy entregadas a estas experiencias y son tan indiferentes a la ciencia moderna como si vivieran en la Bohemia del siglo XII. Muestran una indiferencia total hacia la ciencia porque ésta se enfrenta a sus experiencias con una cruel indiferencia. Aunque en su esencia la ciencia sólo ha de atenerse a un método y no a una creencia fija, sin embargo habitualmente tanto sus partidarios como sus marginados la identifican con cierta creencia fija, la creencia en que el orden oculto de la naturaleza es exclusivamente mecánico y en que las categorías no mecánicas son modos irracionales de concebir y explicar asuntos tales como la vida humana. Ahora bien, si este racionalismo mecanicista, como se podría llamar, se convierte en la única forma de pensamiento dará lugar a una violenta ruptura con las formas de pensamiento que han desempeñado el papel más importante en la historia humana. El pensamiento religioso, el pensamiento ético, el pensamiento poético, teológico, emocional, el pensamiento sentimental; lo que se podría llamar la visión humanista de la vida para distinguirla de otra visión mecánica e impersonal, y la visión romántica de la vida frente a la racionalista, han estado y siguen estando fuera de los círculos científicos establecidos, de las formas dominantes de pensamiento. Así, para el racionalismo mecánico la personalidad

es una ilusión insustancial; la creencia crónica de la humanidad en que los acontecimientos pueden suceder en función de su importancia personal es una abominación; y las ideas de nuestros abuelos sobre los oráculos y los augurios, la adivinación y las apariciones, las conversiones milagrosas y las maravillas operadas por personas inspiradas, las plegarias escuchadas y las directrices providenciales, no tienen base ni fundamento, son un montón de disparates.

Ahora bien, naturalmente todos debemos admitir que los excesos a los que la visión humanista y romántica de la naturaleza libre de freno alguno por parte del racionalismo impersonal puede abocar son fatales. El fetichismo y los rituales centroafricanos son frutos de ese romanticismo desenfrenado. Así pues, se debe simpatizar con la abominación del romanticismo como cosmovisión suficiente, y también comprender la enérgica intolerancia contra el menor grano de romanticismo en las visiones del mundo de las demás personas, marca característica de los profesionales científicos de hoy en día. Nuestra deuda con la ciencia es literalmente ilimitada y nuestra gratitud por lo que hay de positivo en sus enseñanzas debe ser asimismo inmensa. Pero me parece que los *Proceedings* de la S. I. P. han probado algo concluyentemente a sus lectores desprejuiciados, y es que el veredicto de pura locura, de preferencia gratuita por el error, de superstición ciega, que los científicos de nuestros días guiados por sus pautas intelectuales pronuncian sobre todo el pensamiento de nuestro pasado es un veredicto terriblemente frívolo. La visión humanista y romántica de la vida tiene otras raíces además de la exuberancia de una imaginación caprichosa y la perversidad, pues se

ha alimentado perpetuamente de *hechos de experiencia*, cualquiera que sea la interpretación ulterior de estos hechos, y para los partidarios de esta postura no hay momento en la historia humana en que hubiera sido más difícil que ahora –en la mayoría de las épocas hubiera sido mucho más fácil– recopilar en su favor una serie tan imponente de documentos contemporáneos tan buenos como los que presentan nuestras publicaciones. Todos estos documentos relatan experiencias reales. Estas experiencias tienen tres características en común: son caprichosas, discontinuas y no son fáciles de controlar; requieren personas peculiares para que se produzcan; y su importancia para la vida personal parece ser enorme. Quienes se ocupan de ellas con dedicación y aún más quienes las han sufrido en carne propia no sólo pueden encontrar con toda facilidad argumentos válidos para su concepción romántica y personal de la marcha del mundo sino que están abocados a hacerlo. A través de mi escasa participación en las investigaciones de la S. I. P. he trabado conocimiento con numerosas personas de este tipo, para quienes la palabra 'ciencia' se ha convertido en sinónimo de reproche, por razones que ahora comprendo y respeto. Es la intolerancia de la ciencia por fenómenos tales como los que estamos estudiando, su rechazo perentorio tanto de su existencia como de su importancia (excepto como prueba de una absoluta locura innata), lo que ha mantenido a la ciencia tan alejada de las simpatías comunes de la raza. Confieso que me parece que el mejor reclamo de la Sociedad para obtener la gratitud de nuestra generación tiene que ver con esto, con su misión humanizadora. Ha restaurado la continuidad en la historia. Ha mostrado algunas bases razo-

nables para las aberraciones más supersticiosas del pasado. Ha tendido un puente sobre el abismo, ha cicatrizado la espantosa hendidura que la ciencia, considerada con estrechez de miras, había abierto en la historia humana.

Daré un paso más incluso. Cuando desde nuestra avanzada posición actual echamos una mirada atrás sobre los estadios pasados del pensamiento humano, sea sobre el pensamiento científico o sobre el pensamiento teológico, nos maravillamos de que un universo que nos resulta de una complicación tan vasta y misteriosa le pueda haber parecido a alguien tan pequeño y tan simple. El mundo de Descartes o el de Newton, el de los materialistas del siglo pasado o el de los tratados de Bridgewater del nuestro, siempre nos parece el mismo, increíblemente chato y carente de perspectivas. Incluso las concepciones de Lyell, Faraday, Mill y Darwin empiezan a adoptar una apariencia infantil e inocente. ¿Hay así alguna probabilidad de que la ciencia de nuestros días escape al destino común, de que las mentes de sus adeptos no les parezcan anticuadas a nuestros nietos? Sería una locura pensarlo. Y si nos dejamos llevar por la analogía con el pasado, cuando nuestra ciencia empiece a su vez a quedarse anticuada será más por omitir hechos, por ignorar series y órdenes enteros referentes a la complejidad de los fenómenos que ha de explicar, que por ninguna carencia fatal en su espíritu y sus principios. El espíritu y los principios de la ciencia son simple cuestión de método; no hay nada en ellos que impida que la ciencia trabaje con éxito sobre un mundo en el que las fuerzas humanas son el punto de partida de nuevos efectos. El único asunto con el que nos topamos directamente, la única experiencia específica que tenemos, es nuestra propia vida personal. La única categoría completa de nuestro pensamiento, nos lo dicen nuestros profesores de filosofía, es la categoría de la personalidad, toda otra categoría proviene de elementos abstractos de aquélla. Y esta negación sistemática que hace la ciencia del papel de la personalidad como condición de los acontecimientos, esta creencia rigurosa en que nuestro mundo en su naturaleza esencial más íntima es estrictamente impersonal, con el paso del tiempo probablemente se revelará como el mayor defecto con el que nuestra cacareada ciencia sorprenderá a nuestros descendientes, la omisión por la que a sus ojos aparecerá chata y carente de perspectiva

La escritura automática y la doble conciencia

Uno de los aspectos que a James más le interesa dentro de la investigación psíquica es la escritura automática pues según él mismo afirma permite "demostrar la existencia simultánea de dos estratos diferentes de conciencia, ignorantes uno del otro, en la misma persona". James hace diferentes experiencias de escritura automática con distintos médiums y en esta labor también destaca dentro de su misma Sociedad para la investigación psíquica el polifacético Gurney, que también se interesa en la escritura automática desde un punto de vista paranormal. Hay otros autores que enfocan el asunto desde una perspectiva psicopatológica, y en esta vertiente nos encontramos con los franceses Janet y Binet.

Probablemente sea este último el primero en sistematizar la cuestión en un trabajo titulado *Notas sobre la escritura histérica* que publica en 1886. Aquí, apoyándose en un artículo de Ferrari, Héricourt y Richet sobre grafología experimental, plantea que un sujeto bajo sugestión escribe con unos caracteres que intentan estar en armonía con su nuevo carácter, lo cual abre una vía para su estudio, aunque Binet es consciente de que tal proceder puede dar lugar a errores ya que las características de esa nueva personalidad no son naturales sino impuestas, fruto de la sugestión; por eso Binet prefiere trabajar

con sujetos histéricos en los que no es necesaria la sugestión para lograr cambios en los estados de conciencia que resulten en alteraciones de la escritura, que a su vez permiten estudiar la enfermedad.

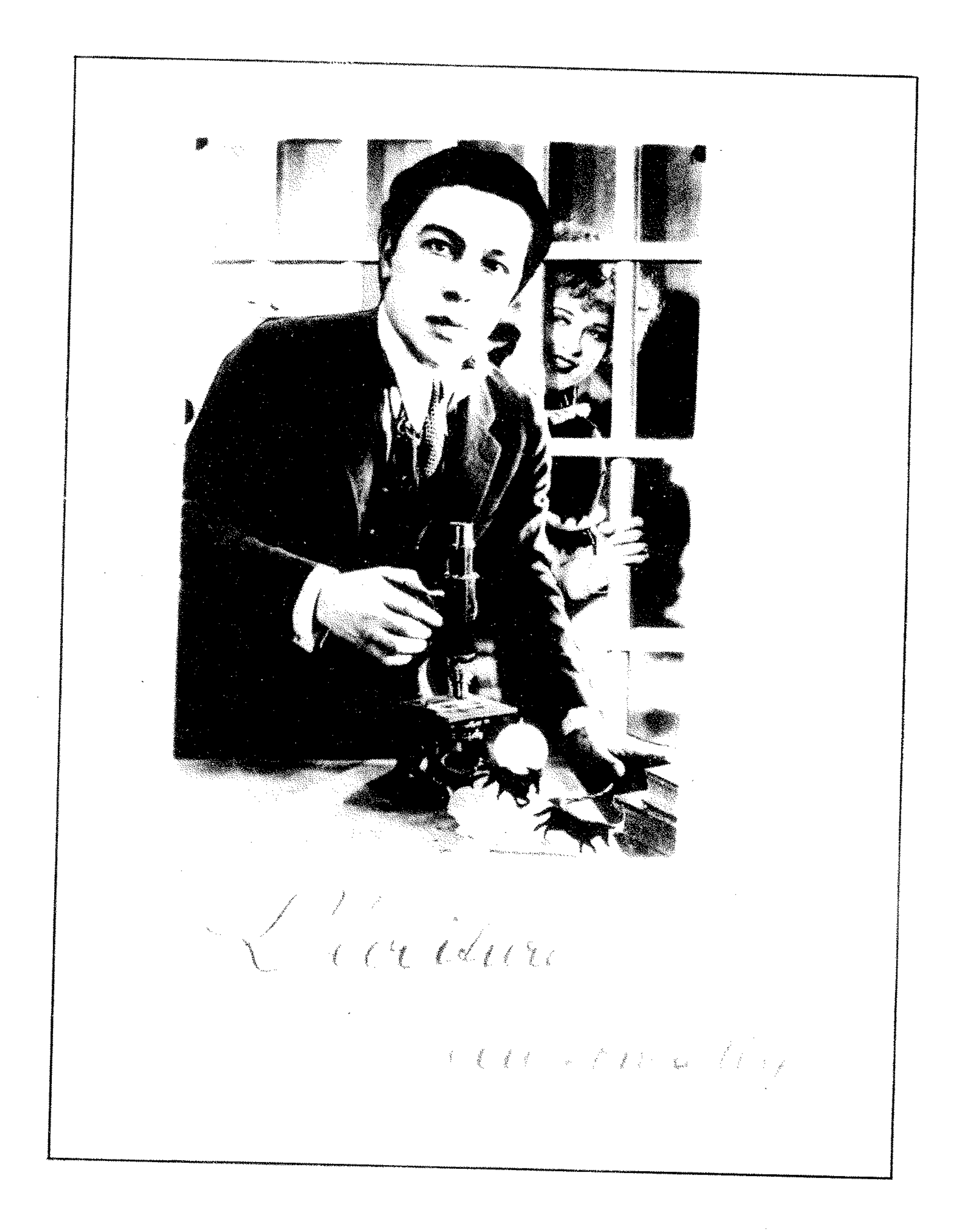
De todas formas Binet se mantiene muy poco tiempo en esta tesitura pues en cuanto se descubre el fiasco de sus investigaciones sobre la hipnosis, avaladas por el gran Charcot, abandona este campo para dedicarse al estudio de la inteligencia. Así que debemos remitirnos a Janet como el gran teórico en el asunto. Para él, la escritura automática cae dentro del campo de los automatismos psicológicos, tema de su tesis doctoral que lee en la Sorbona en 1899. Años antes, en 1868, Despine define el automatismo como el producto de una máquina viva desprovista de conciencia, la acción de una especie de autómata descerebrado, pero Janet elimina de los automatismos este estigma al poner de manifiesto que todo hombre desarrolla innumerables acciones automáticas en su vida cotidiana sin que deba verse reducido al estado de androide. Así elabora un estatus para los automatismos, entendiéndolos como verdaderos fenómenos psicológicos que necesitan para su existencia de una determinada cantidad, aunque sea pequeña, de conciencia, una conciencia rudimentaria diría él, una subconsciencia; posiblemente sea ésta la primera ocasión en que se elabora un trabajo experimental sistemático sobre lo inconsciente, ya presentido por tantos autores anteriormente.

En su trabajo en el hospital de Le Havre y después en la Salpêtrière junto a Charcot, Janet observa casos en los que pacientes histéricos tienen la capacidad de manifestar pensamientos a través de la escritura de los que no son conscientes;

y siempre ocurre tal fenómeno mientras el sujeto está en un estado distraído, en el que no atiende, pues en cuanto presta atención tal capacidad se desvanece. A partir de esta constatación Janet recurre a esta escritura automática como una técnica terapéutica de la que se sirve mientras el paciente está hipnotizado, para evitar toda posible interferencia consciente. Así pues, hipnotiza al paciente y le pregunta sobre los acontecimientos olvidados, que éste transcribe, y así se desencadena un efecto catártico pues el llevar a la conciencia esos recuerdos olvidados tiene efectos curativos.

Janet no lleva más allá estas prácticas ni se interesa de manera más profunda por el fenómeno de la escritura automática pero años después los surrealistas recuperarán tales prácticas despojándolas de su aureola enfermiza, entendiendo el fenómeno del automatismo simplemente como un mecanismo artístico para lograr la unificación de la personalidad que derive en una obra de sentido más profundo, utilizándolas en un estado relajado, distraído que diría Janet, para captar pensamientos inconscientes, no intencionados, e inducir las imágenes automáticas que plasmar en sus obras, tal como explica Breton en su ensayo sobre la escritura automática.

Para el surrealismo la creación ha de estar basada en una libertad absoluta, que llega del inconsciente y debe verse volcada al exterior sin traba alguna, configurándose así como una forma privilegiada de acceso a un conocimiento de lo oculto que el hombre guarda en su mente; por eso los surrealistas trabajan con los automatismos psíquicos como herramienta de verdad pues creen que en ellos aparece lo que subyace a la conciencia siendo así un medio para la liberación del pensa-



Portada de *La escritura automática* de André Breton, 1938



Fotografía de Man Ray que muestra una sesión de sueño vigil con varios de los miembros del grupo surrealista, 1924

miento. Y la escritura automática será su técnica privilegiada en el plano literario, según la cual sin ningún guión preconcebido se deja correr la pluma por el papel escribiendo la primera cosa que venga a la mente, sin censuras de tipo alguno. En esta técnica tan apreciada también se observa la influencia del psicoanálisis pues es un trasunto de la asociación libre en que se basa el método interpretativo freudiano donde tras relajar el cuerpo se debe dejar la mente y la lengua libres de freno alguno para así dejar oír todos nuestros pensamientos que luego servirán como elementos para construir la llamada novela psicoanalítica. En este sentido hay que recordar que Breton tiene una formación médica y trabaja como psiquiatra tratando a soldados que vuelven del frente durante la I Guerra Mundial, y también la tienen muchos otros integrantes del movimiento surrealista, como Aragon, Boiffard, Ernst o Naville, y muchos de ellos se psicoanalizan, como Crével, Queneau, Artaud, Leiris o Bataille; teniendo todos al psicoanálisis como la gran teoría psicológica del momento de la que no dudan en tomar ideas.

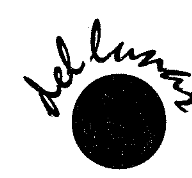
Todos ellos y otros miembros más del grupo surrealista se dan cita muchas tardes en el estudio de Breton para realizar diferentes experiencias, un día Crével propone jugar al trance hipnótico, sentados alrededor de una mesa, con las manos sobre el tablero, unidas por los meñiques con las de los otros asistentes, y esperando para ver si pasa algo... Y de vez en cuando alguien cae en trance, se oye un golpe, que suele ser la frente de Desnos golpeando contra la mesa, y el interfecto con los ojos cerrados empieza a hablar, como un oráculo o un vidente, a veces dibuja, siempre de manera simbólica y por lo general con una intención premonitoria.

Claro está que tales prácticas no las inventan los surrealistas pues tal como confiesan las toman de los espiritistas, que como sabemos las usan desde mediados del siglo XIX. Pero a diferencia de estos, los surrealistas no piensan en forma alguna que en estos trances pudiera darse ningún tipo de comunicación con los muertos sino que los ven en consonancia con sus ideas sobre la creatividad, y así para ellos esa creación al dictado, sin ningún tipo de censura moral ni racional, no puede sino ser fruto de las musas de lo inconsciente.

Todas estas prácticas dan lugar a productos a veces difíciles de catalogar, por decirlo de una manera delicada; pero no nos equivoquemos, el automatismo, proceso privilegiado para los surrealistas, no es más que una herramienta en sus manos y sólo les interesa como puerta de entrada a los mecanismos profundos de la mente; de hecho muchas veces los productos surrealistas no están en consonancia con el criterio estético de sus autores, el asunto se dirime en otro campo. No se trata de exprimir la capacidad de asociación libre del autor para evacuar elementos que conformen una obra más o menos sorprendente, extravagante, sino que lo importante es darse cuenta de que como Breton mismo afirma se está trabajando con los fenómenos esenciales de la mente, y esta es también la razón por la que tanto a Janet como a Binet o a James mismo les atraen tales fenómenos, los automatismos.

Angel Cagigas

Índice



Heterohistorias
W. James. *La inmortalidad humana.*
M. Nordau. *Fin de siglo.*
J. M. Charcot y P. Richer. *Los endemoniados en el arte.*
W. Wundt. *Hipnotismo y sugestión.*
G. Th. Fechner. *Anatomía comparada de los ángeles.*
J. M. Charcot, V. Magnan y A. Binet. *Perversiones.*
J. M. Charcot y P. Richer. *Los deformes y los enfermos en el arte.*
J. M. Charcot. *Histeria. Lecciones del martes.*
A. Cagigas. *La histeria de Charcot.*
P. Bourget. *Taine.*
W. James. *Investigación psíquica.*

El sillón de orejas
G. Groddeck. *Escritos.*
A. Cagigas. *Georg Groddeck: el soñador de mundos.*
G. Groddeck. *La vista, el mundo del ojo y ver sin ojos.*
K. Abraham. *Sueño y mito.*
G. Groddeck. *Las tripas.*
A. Cagigas. *Genio y figura. Georg Groddeck en imágenes y textos.*
S. Ferenczi y G. Groddeck. *Correspondencia (1921-1933).*
D. Kosztolányi. *Cuentos psicoanalíticos.*

Universitas
M. Domjan. *Bases del aprendizaje y el condicionamiento.*
J. M. Rosas y J. E. Callejas. *Aprende condicionando.*
Andalucía Acoge. *La inserción sociolaboral de inmigrantes.*
E. C. Tolman. *Una nueva fórmula para el conductismo y otros escritos.*
A. Cagigas. *Guía de viaje por una historia de la psicología.*
J. M. Rosas. (Ed.). *Teorías asociativas del aprendizaje.*
J. Vila, J. Nieto y J. M. Rosas. (Eds.). *Investigación contemporánea en aprendizaje asociativo.*
J. M. Colmenero. *Percepción visual y auditiva.*
J. M. Augusto Landa, E. López Zafra, R. A. Martínez de Antoñana Ugarte. *Introducción a la Psicología Social.*
J. M. Colmenero. *Atención.*
F. Balbuena Rivera. *Psicoterapias cognitivo-conductuales. Desarrollo histórico y estado actual.*
E. López Zafra y P. Berrios Martos (Dirs.). *Violencia en las aulas.*
J. M. Rosas, A. García y J. E. Callejas. *Fundamentos del aprendizaje humano.*
José María Colmenero. *La memoria.*
Francisco Pérez Fernández. *Imbéciles morales.*

Del nagual
Reny Poch. *Poemigas.*
Reny Poch. *Columnata.*

www.dellunar.com

Heterohistorias

En esta colección damos a la luz escritos poco conocidos debido a su rareza, su heterodoxia o a la incomodidad que provocan, de autores procedentes de diversos ámbitos: psicólogos, filósofos, periodistas, médicos..., que desde distintas perspectivas se acercan al hecho psicológico



William James
La inmortalidad humana

Max Nordau. *Fin de siglo*

Jean Martin Charcot y Paul Richer
Los endemoniados en el arte

Wilhelm Wundt
Hipnotismo y sugestión

Gustav Theodor Fechner
Anatomía comparada de los ángeles

Charcot, Magnan y Binet
Perversiones

Jean Martin Charcot y Paul Richer
Los deformes y los enfermos en el arte

Jean Martin Charcot
Histeria. Lecciones del martes

Angel Cagigas
La histeria de Charcot

Paul Bourget. *Taine*

William James
Investigación psíquica